

El Caballero Errante

Marcelo Irazu Fleitas



Capítulo 1

Duelo Final

El sol se asomaba en lo más alto mientras las copas de los árboles dejaban pasar algunos de sus templados rayos. La brisa acompañaba el mecer de las ramas con sus hojas verdosas. A lo lejos, muy alto en el cielo, se podía observar un arcoiris. El paisaje boscoso se extendía hacia un campo verde y húmedo, con la hierba cubierta de charcos de agua de la lluvia de la noche anterior. El suelo estaba en gran parte desprovisto de pastizal y cubierto de barro.

Había llovido toda la madrugada y durante el amanecer, por lo que Ser Windel se hallaba aún empapado a pesar de haberse cubierto con la capa tras improvisar una lona con la misma, amarrándola lo mejor posible a unas ramas cercanas entre sí y otras que clavó en el suelo húmedo. Antes de que anocheciera del todo, había encendido una hoguera con un pequeño puñal y un pedernal, que le brindó calor hasta que las llamas se extinguieron por completo debido al chaparrón. Aunque pudo compensar el sueño un rato, los truenos y relámpagos no lo dejaban dormir tan profundamente. Sin contar con la lluvia que salpicaba por todas partes y se filtraba de a copiosas gotas por los agujeros de su capa de lino. Pero estaba tan cansado después de tan largo viaje a pie que, cuando la lluvia se calmó un poco, pudo descansar lo suficiente.

Cuando el caballero errante se incorporó en su catre compuesto de los pocos hierbajos que consiguió en aquel bosque, vio trotar a un semental, una bestia indómita de color blanco, con las crines y la cola de color dorado.

"Quiero ese animal para mí", balbuceó Ser Windel mientras el corcel trotaba calmado.

Sacó la cuerda de cáñamo que llevaba entre su bagaje. Pero al acercarse al caballo, este relinchó y se alejó de ahí.

"Maldición", bufó el caballero errante arrojando la cuerda al suelo. "Lo asusté".

Pero al parecer no era el único tras ese animal.

"Eso parece, Ser", escuchó el caballero errante.

"¿Quién dijo eso?", dijo exaltado.

"¿Quién pregunta?", replicó la voz.

"Muéstrate para que pueda ver a tu cara mientras te contesto", respondió el caballero.

"Si así lo deseas", dijo la voz y de entre los arbustos salió un hombre. Vestía una armadura y Ser Windel podría jurar que medía 2 varas y media de altura. Sin duda era uno de los hombres más altos que había visto en su vida. Tenía un yelmo dorado y en el peto, también dorado, había una mancha de sangre. Sostenía en una mano un escudo con el blasón de un linaje que el caballero errante no supo distinguir y en la otra mano una espada de un color negro como la obsidiana."¡Ahora!" espetó este. "Decidme quién eres tú".

"Mi nombre es Ser Windel Martel. Me conocen también como el caballero errante", dijo quien oía, Mientras se quitaba el yelmo, dejando ver su rostro cuadrado, con la barba desalineada rubicunda y la cabellera algo empapada aún, mientras esperaba que sus ojos color marrón inspiraran algo de temor, como el que conocía bien y sabía provocar en sus contrincantes en épocas pasadas.

"Es un honor conoceros, Ser Windel de la casa Martel. O mejor dicho, caballero errante. Ahora me complace presentarme, soy Ser Galvan de la casa Forester", dijo Lord Forester.

Los Forester eran bien conocidos en todo el reino. Se decía que en tiempos de grandes héroes habían tenido un vasto imperio que triplicaba en tamaño al actual Reino Sagrado, del cual provenía Ser Windel, ocupando todo el continente desde donde nace el sol hasta donde se esconde. Pero lo perdieron debido a Lady Liana, quien enamoró al antiguo Lord Forester. Cuando se suicidó al enterarse de que ella lo había engañado, y aunque de su relación nacieron tres posibles herederos, ninguno tenía el suficiente poder para mantener unido al imperio. Después de muchos asesinatos y conspiraciones, el vasto imperio Forester se disolvió.

—Ese caballo que acabaste de espantar, me pertenecía a mí por

derecho.— Proclamó Galvan Forester.

—¿Ah sí? ¿Por derecho? Estamos en tierras libres y no vi que poseyera ningún blasón que adornara su montura. —Dijo Ser Windel mientras señalaba con la mano en dirección por la que había huido el animal.

—Es cierto, pero por el derecho de haberlo visto primero, sí, es de mi propiedad. —Dijo Ser Galvan, luego dejó escapar una carcajada que se expandió a lo largo y ancho del bosque.

—Mire Ser, me encantaría darle la razón, pero a lo que a mí respecta, no veo aquí a ningún heraldo para documentar tal... Proeza. Así que si le parece lo invito a que choquemos espadas. Y que los dioses decidan quién es el que merece poseer al semental.

—Me parece justo, Ser Windel de la casa Martel. —Dijo Ser Galvan dando dos pasos al frente y disponiéndose para el combate mientras se colocaba el yelmo dorado.

Con la mano firme, Ser Windel colocó su yelmo sobre su cabeza y bajó la visera, ocultando su rostro. Con un movimiento rápido, desenvainó la espada que reposaba en su cintura y avanzó lenta pero decididamente hacia su oponente. El caballero dorado, Ser Galvan, se mantuvo inmóvil, sosteniendo su espada de color obsidiana en una mano y su escudo maltrecho en la otra. Los dos guerreros se encontraban a punto de enfrentarse en un duelo que prometía ser épico, cada uno preparado para luchar hasta la muerte por el derecho de poseer al semental.

El sonido del metal resonó en el aire mientras Ser Windel atacaba con estocadas precisas y cortes veloces, pero Ser Galvan los bloqueaba sin esfuerzo con su escudo y contraatacaba con una fuerza impresionante. La tensión aumentaba a cada segundo, y nadie podía predecir quién saldría victorioso en este enfrentamiento titánico.

Con las espadas siseando como serpientes al chocar en el aire ambos parecían poseer una fuerza monstruosa. Ser Galvan empuñando y blandiendo su mandoble color obsidiana de manera mortal y amenazante, mientras que Ser Windel se movía con la destreza de una gacela y la fiereza de un tigre. Pero pesar de su agilidad, el caballero errante no podía encontrar una brecha en la defensa de su contrincante. Era como tratar de abrir una

puerta de acero con una pluma.

Los golpes llovían con fuerza, haciendo que el suelo temblara bajo sus pies y el aire se llenaba con el restañido del metal chocando contra el metal. Ser Galvan reía a carcajadas mientras bloqueaba con facilidad los ataques de Ser Windel, quien empezaba a sentirse como un niño intentando golpear a un adulto.

Pero a pesar de su superioridad, Ser Galvan no podía ignorar el brillo astuto en los ojos del caballero errante, como si estuviera esperando el momento perfecto para dar el golpe final. Y entonces, de repente, Ser Windel dio un paso atrás y se balanceó sobre un pie, apuntando con su espada hacia el cielo. Un relámpago de determinación cruzó por su rostro mientras se lanzaba hacia adelante con un grito de batalla.

Ser Galvan bloqueó el golpe con un fuerte movimiento de su espada, haciendo que las chispas volaran. La fuerza del impacto hizo tambalear a Ser Windel, pero este se recuperó rápidamente y lanzó una estocada a la cabeza de su oponente. Ser Galvan se agachó para esquivar el ataque, y aprovechó la oportunidad para golpear el costado de Ser Windel con su escudo. El caballero errante se tambaleó, y su espada casi se le desliza de sus manos. Ser Galvan no dudó en aprovechar la oportunidad, y con una velocidad sobrehumana, levantó su mandoble y por poco perfora el casco de su oponente. Ser Windel en último instante retomó el equilibrio y en un segundo de lucidez arremetió contra Ser Galvan quien vió como se astillaba y se partía en pedazos su descascarado y abollado escudo.

"Padre, cuéntame cómo hiciste eso", decía el joven Ser Windel a su padre.

"Todavía no puedes verlo, porque no estás preparado, hijo mío", respondió Lord Martel entre risas.

"No es justo, he estado entrenando todos los días durante años y aún así no puedo verlo", dijo el joven Windel.

"¿Y qué piensas, hijo mío? ¿Vale la pena seguir intentándolo para ti?", preguntó Lord Martel.

"No lo sé, padre. Me voy a aburrir antes de que aprenda a hacer la estocada silbante", respondió Windel.

"¡Pues entonces vete! ¡Vete a jugar con tus hermanas! La muerte es como una prisión sin fin, hijo mío. Y tú serás su prisionero para siempre en tu primera batalla, si es que esto te aburre", dijo su padre con enojo, levantando la voz."y es mejor estar aburrido y preparado que encerrado y solo en una prisión de muerte."

"Entiendo padre,pero...¿ podría descansar un poco? estoy demasiado fatigado y empapado de sudor", dijo Windel refunfuñando.

"¡Mejor así! ¡Cuanto más transpires en el campo de entrenamiento, menos sangrarás en el campo de batalla!", exclamó Lord Martel, tomando de nuevo la espada de madera y lanzándola a su hijo. "¡Ahora! ¡En posición!"

Junto con los chasquidos del metal contra el metal, las chispas surgían y morían a medida que el combate continuaba. Ahora era Ser Windel, el caballero errante, quien retrocedía. Dos pasos atrás, tres pasos, cuatro mientras recibía y repelía a la vez una estocada tras otra por parte de Ser Galvan Forester quien estaba embriagado por la sed de sangre.

De repente, Ser Windel Martel notó un punto vulnerable en la defensa de su adversario y se lanzó a un contraataque. La espada debería haber atravesado primero la armadura, luego el cuero del jubón y finalmente la carne, desde el sobaco hasta la clavícula, arrancando un brazo a Ser Galvan y tal vez también empapando el yelmo dorado de un rojo escarlata. Sin embargo, Ser Galvan logró apartarse del corte mortal por escasos palmos, agachándose, evadiendo así el filo sin piedad de la espada del caballero errante. La fuerza del ataque fallido impulsó la espada de Ser Windel que se alejaba de Ser Galvan en un ángulo oblicuo media vara hasta que Ser Windel logró con esfuerzo recuperar el control de la misma.

Pero ya era demasiado tarde, o al menos eso pareció cuando Ser Windel Martel cayó al suelo después de sentir una fuerte zancada en una de sus piernas de apoyo, que hizo que se estampara de cara contra el suelo."

-Tienes que entender, hijo, lo único que te separa de la vida y la muerte es tu entrenamiento, o en otras palabras, tu voluntad de aprender --le decía el anciano Lord Martel mientras lo ayudaba a levantarse. Habían entrenado todo el día y el joven Windel yacía jadeante en el suelo antes de ponerse de pie. --Pero por hoy ya es

suficiente.

--Aún puedo seguir --dijo el joven Windel mientras levantaba su espada, pero una oleada de dolor que le recorrió el hombro hasta la espalda baja lo hizo soltar la espada.

--Equilibrio, hijo mío. Al igual que para que haya oscuridad tiene que haber luz, y para que exista el verano, tiene que haber invierno. No podrás mejorar a menos que, después de un largo entrenamiento, descanses y dejes que tus heridas sanen. Amanecer, ocaso, amanecer... ocaso, acuérdate, hijo mío.

A pesar de las palabras de su padre sobre la muerte como una prisión sin fin, nunca había creído que lo experimentaría tan de cerca. Pero ahora, con el olor podrido del lodo en el aire, y el sabor insípido de la sangre con la cual se atragantaba, se daba cuenta de que tal vez su difunto padre tenía razón.

Y fué cuando reconoció que yacería allí para siempre, aunque al menos, tal vez, no estaría allí aburrido y solo.

O al menos eso esperaba."

-